

En Bocacerrada quieren poner a la naturaleza del lado de la comunidad

Los habitantes del corregimiento de Bocacerrada, en el norte del departamento Sucre, a hora y media en lancha de Cartagena, ven todos los días cómo sus escasas 15 hectáreas de territorio se reducen cada vez más por la voracidad de las mareas del océano Atlántico.

El corregimiento está ubicado a orillas de un brazo del Canal del Dique llamado Caño Rico, y debe su nombre, Bocacerrada, a las dificultades que históricamente han tenido las aguas dulces del caño para salir al mar, dificultades que hoy han crecido, ya que la sedimentación taponó el intercambio de aguas y con ello, la pesca se ha reducido dramáticamente y también la protección de las playas.

Las 140 familias del consejo comunitario de la comunidad negra Senovia Puello Caicedo, que habitan en Bocacerrada, viven entonces en un triángulo que al frente tiene el Atlántico, al costado al Caño Rico y tras de ellos un hermoso manglar que también se ha visto menoscabado.

Hasta hace unos años esa comunidad tenía diversas fuentes de trabajo e ingresos. La pesca era abundante gracias a ese encuentro entre el agua dulce y la salada: róbalo, pargo, jaibas, anchoas, langostas en el mar, en la ciénaga y en los caños. Sembraban plátano, yuca, caña, mango, guanábana. Ambas actividades se vieron muy diezmadas por la sedimentación del caño. También talaban el manglar para vender el mangle en Cartagena o para sacar carbón, pero una ley reciente prohibió, en buena hora, esa actividad. La población se ha empobrecido.

Y en noviembre de 2020, los coletazos del huracán Iota inundaron el pueblo en su totalidad.

Los líderes del consejo comunitario vieron en la convocatoria de A Ciencia Cierta ECO la oportunidad de consolidar una estrategia para la interpretación ambiental del ecosistema de manglar, que de una parte les permitiera conocerlo mejor para protegerlo y de otra les ayudara a construir una propuesta ecoturística que aprovechara las riquezas naturales de su entorno.

Propusieron entonces desarrollar lo que llamaron ciencia comunitaria a través del monitoreo de aves, playas y manglar. Para ello se dividieron en tres grupos, uno por cada tema con su respectivo líder.

Los miembros del grupo de playas hicieron un taller cartográfico comunitario y de erosión costera para plasmar en mapas la ubicación de Bocacerrada y los lugares

que la rodean y así analizar los cambios que ha tenido ese territorio. El taller incluyó experimentos en campo de movimientos de arenas en la playa y clases de interpretación cartográfica sobre los cambios físicos y geomorfológicos de esa playa.

Con ello se logró el levantamiento de un primer perfil de playa para el seguimiento de la erosión costera, bajo la asesoría de un profesor de la Universidad del Norte

El grupo de manglares realizó inicialmente un intercambio con la comunidad de Puerto Rey, que ha implementado en la Ciénaga de la Virgen de Cartagena una nueva técnica de siembra de mangle llamada islas de mangle.

También se propuso diversificar el vivero comunitario para enriquecer la siembra de diferentes especies de manglar. De esta manera sembraron 3000 plántulas de mangle rojo y otras 1000 de mangle negro y 1000 de mangle bobo.

“El experimento con mangle negro fue una enseñanza maravillosa —comenta Onilson Amaranto, líder del grupo— porque no teníamos la experiencia de sembrarlo en vivero y pues está uno investigando de qué tamaño crece, en cuantos meses, es decir, ahí uno de se da cuenta de cómo se hacen las cosas y aprende mucho.”

También se realizó un reconocimiento de áreas para instalación de parcelas de siembra de mangle que ayudaran a reducir la erosión costera. De esta manera se ubicaron tres hectáreas en la zona del Santuario de Flora y Fauna El Corchal. Allí se realizaron cinco jornadas de trabajo para llenado de canastillas y siembra de 44.000 plántulas de mangle.

“Con las mujeres nuevas que entraron al grupo, los niños y los jóvenes hicimos siembras educativas de mangle —comenta Onilson—, en la que se les explicó cómo sembrar y luego en el terreno se realizó la práctica. La idea con todo es repoblar el manglar y que los niños y los jóvenes y todos los que estamos en el grupo nos interese más del entorno en el que vivimos y también sepamos cuidar lo que tenemos alrededor: los manglares, las ciénagas y los caños.”

El grupo de aves se propuso fortalecer y diversificar el conocimiento de las especies presentes en Bocacerrada. Para ello invitaron a dos asesores de la Asociación para el Estudio y Conservación de las Aves en Colombia, Calidris, que los capacitaron en métodos de muestreo y manejo de equipos como binoculares y guías, así como los prepararon para participar en el conteo global de aves del

Global Big Day, como una oportunidad para practicar lo aprendido y mejorar sus conocimientos.

Con los recursos de A Ciencia Cierta también se equiparon. Compraron una cámara fotográfica, siete binoculares, cinco combos de guías de aves ilustradas, un video beam, chalecos salvavidas y otros elementos para hacer la tarea de monitoreo y atender adecuadamente a los turistas.

El sendero interpretativo y la infraestructura ecoturística

Para responder al objetivo planteado de fortalecer medios para la interpretación ambiental se realizó otra tarea importante: la identificación y diseño de un sendero interpretativo, el cual, luego de evaluar varias opciones, quedó ubicado en la Ciénaga de Benítez.

Allí se definieron en forma participativa seis puntos de interpretación, cada uno de los cuales describe una fortaleza social, cultural, económica o ambiental de ese entorno.

“En el primero contamos la historia de la comunidad —explica Onilson—; en el segundo, hablamos del vivero, cómo lo hicimos, qué especies trabajamos; el tercero es sobre Caño Rico, su nombre viene de la variedad de peces que tenía en el pasado y la rica agricultura de ese entonces. En el cuarto hablamos del mangle de piñuela, que se ve poco por acá; el quinto es el caño Lloramono, que se llama así por un muchacho, por ahí de doce o trece años, que no pudo subir la corriente de agua y lloró por eso. Y el último punto es donde hacemos las prácticas económicas, como la pesca y eso.”

También entre todo el grupo hicieron talleres y reuniones para determinar información gráfica que presentarían en cada uno de los puntos de interpretación. Esa información del sendero se ha venido fortaleciendo a través de talleres cartográficos de identidad territorial y talleres ambientales de reconocimiento de las actividades productivas, para seguir enriqueciendo la guianza y la señalización.

Para completar la infraestructura básica de la ruta ecoturística elaboraron tres kayaks artesanales y construyeron un kiosco palafítico multipropósito, que será utilizado como centro de divulgación de ciencia comunitaria y lugar de descanso para los turistas.

Toda esta actividad ha llevado al grupo del concejo comunitario a participar en varios eventos educativos e institucionales, donde han podido contar la experiencia de la realización de senderos, de la construcción y mantenimiento del vivero y han

compartido e intercambiado distintas técnicas de siembra y mantenimiento del manglar.

Por ejemplo, gracias a sus gestiones con centros educativos como la Universidad del Norte y la Universidad Tecnológica de Bolívar se fortaleció la participación de la comunidad en la práctica de campo de la materia Geología Ambiental, con el fin de que los estudiantes conocieran la problemática ambiental asociada a la erosión costera en las playas de Bocacerrada y los impactos sociales, ambientales y económicos asociados.

El grupo se ha entusiasmado con esta experiencia y con el intercambio de saberes. “Todos los aportes de A Ciencia Cierta fueron muy importantes —dice Onilson—, no solo el económico, sino el de todas las personas que estuvieron con nosotros y nos ayudaron a sacar este proceso adelante, para nosotros fue maravilloso trabajar con todos ellos”.